Cuando el “ser bueno” se convierte en idolatría del yo

INTRODUCCIÓN: LA TRAMPA DEL BIEN APARENTE

Vivimos en una época donde las redes sociales, la exposición pública y el deseo de ser aceptados han contaminado incluso los espacios espirituales más profundos. En este contexto, la virtud —que debería ser discreta, humilde y silenciosa— se transforma con facilidad en un espectáculo. A veces, sin darnos cuenta, usamos nuestras buenas acciones no como servicio al prójimo y gloria de Dios, sino como combustible para la vanidad.

¿Puede una persona aparentemente bondadosa estar actuando desde la soberbia? ¿Puede el sacrificio personal convertirse en un altar donde se venera el ego? ¿Puede una virtud bien ejercida esconder una intención desordenada?

La respuesta es sí. Y la historia del cristianismo está llena de ejemplos, advertencias y enseñanzas al respecto. Este artículo es una invitación a mirar hacia adentro y examinar, con la ayuda de la fe y la razón, si nuestra “bondad” es auténtica virtud o solo una máscara bien confeccionada para ocultar un orgullo profundamente disfrazado.

I. LA VIRTUD NO SE MUESTRA, SE VIVE

La virtud cristiana, tal como la enseña la Tradición de la Iglesia, no es algo que se exhibe como una medalla. Es, más bien, un hábito del alma que permanece escondido, como la semilla bajo la tierra, pero que da frutos visibles en caridad, humildad y servicio.

Jesús fue tajante con los fariseos, cuyo comportamiento ilustra a la perfección este tema:

> *“Cuídense de practicar su justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no recibirán recompensa de su Padre que está en los cielos.”*
> *— Mateo 6,1*

La “justicia” de la que habla Jesús no es simplemente la legalidad, sino todo el conjunto de virtudes y buenas obras. La advertencia no es contra hacer el bien, sino contra hacerlo con el fin de ser visto. Y aquí está el corazón del problema: el **motivo oculto**.

II. CUANDO EL BIEN SE CONTAMINA: VIRTUD EXHIBICIONISTA

La virtud exhibicionista no es verdadera virtud, sino una imitación perversa. Se caracteriza por:

- **Buscar aprobación** más que obedecer a Dios.
- **Recalcar el sacrificio personal**, esperando admiración o compasión.
- **Asumir un rol de mártir** sin haber sido crucificado verdaderamente por amor.
- **Controlar mediante el bien**, haciendo sentir a los demás en deuda.

Este fenómeno se ve con frecuencia en ciertos entornos familiares, comunitarios o eclesiales donde uno “se entrega por todos” pero al mismo tiempo exige, aunque sea en silencio, reconocimiento. Este tipo de “autosacrificio” es muchas veces una forma sutil de manipulación: se hace el bien, pero no por amor, sino para ganar poder emocional.

III. HISTORIA Y TRADICIÓN: EL FALSO ASCETISMO

La Iglesia, desde sus inicios, ha tenido que lidiar con desviaciones espirituales. Entre ellas está el **falso ascetismo**: la idea de que mientras más se sufre, más santo se es. Esto llevó a algunos a infligirse sacrificios innecesarios no por amor a Dios, sino para destacarse como “más santos”.

San Agustín combatió fuertemente estas actitudes, enseñando que **el verdadero sacrificio es interior**: “La verdadera mortificación es aquella que, sin mostrarse, transforma el corazón”.

Los Padres del Desierto también narraban anécdotas sobre monjes que, en su deseo de parecer virtuosos, se condenaban a sí mismos al infierno del orgullo. Uno de ellos decía:

> *“Hay quienes ayunan con tal rigor que se llenan de demonios de*

> *soberbia. El ayuno les hincha el pecho, pero no les abre el alma a la gracia.”*

IV. TEOLOGÍA DEL ORGULLO DISFRAZADO

El orgullo espiritual es uno de los pecados más peligrosos, precisamente porque se disfraza de virtud. Santo Tomás de Aquino advierte que la **soberbia** es el origen de todos los pecados, porque es el desorden del alma que se niega a someterse a Dios.

Cuando una persona se sacrifica “por todos”, pero luego siente rencor porque nadie lo reconoce, está revelando el verdadero motor de su acción: **el ego**. No fue Dios el destinatario de su esfuerzo, sino su propia autoestima.

Esto no significa que debamos dejar de hacer el bien. El punto está en la intención: ¿Hacemos el bien porque amamos verdaderamente a Dios y al prójimo, o porque necesitamos sentirnos necesarios, importantes o superiores?

La **gracia santificante** actúa en lo escondido, no necesita luces ni ovaciones. San Francisco de Sales decía:

> *“La humildad es la madre de todas las virtudes. Sin ella, hasta nuestras mejores obras son sospechosas.”*

V. APLICACIONES PASTORALES: EXAMINAR NUESTRA BONDAD

Una guía espiritual concreta para evitar caer en esta trampa puede incluir:

1. **Discernir nuestras intenciones**: ¿Por qué hago esto? ¿Lo haría si nadie se enterara?
2. **Evitar hablar de nuestros sacrificios**: El sacrificio ofrecido a Dios no necesita relato.
3. **Aceptar que no nos agradezcan**: Si lo hiciste por amor, la ingratitud no debe molestarte.

4. **Confesarse de los pecados de soberbia espiritual**: No basta con “no hacer mal”; también debemos revisar la raíz de nuestro “bien”.

En la vida comunitaria, también es vital detectar cuándo una persona “ayuda” o “sirve” pero genera tensiones, resentimientos y divisiones porque convierte su bondad en una especie de superioridad moral. Esto destruye la comunión y hace daño al Cuerpo Místico de Cristo.

VI. EL CAMINO DE LA VERDADERA VIRTUD: HUMILDAD Y AMOR

La solución no es dejar de hacer el bien, sino **purificar el corazón**. La virtud no desaparece por el miedo al orgullo, sino que se fortalece al ser acompañada de la humildad. El auténtico santo es el que se considera siervo inútil, aunque haya hecho lo que debía hacer (cf. *Lucas 17,10*).

Cristo, nuestro modelo perfecto, **nunca se exhibió**. Sus milagros iban acompañados de la instrucción: *“No se lo digas a nadie”*. En Getsemaní, cuando ofreció su vida por nosotros, **no lo gritó al mundo**, lo vivió en la oscuridad del abandono, confiado sólo al Padre.

CONCLUSIÓN: EL RETO DE LA PUREZA INTERIOR

En tiempos donde todo se publica, todo se mide y todo se compara, ser humilde de verdad es contracultural. La santidad no se mide por la cantidad de sacrificios que uno acumula ni por la bondad que todos aplauden, sino por la capacidad de **desaparecer para que Cristo crezca** (cf. *Juan 3,30*).

Es hora de purificar nuestra forma de hacer el bien. Que nuestras obras no sean una forma de idolatrar nuestra imagen, sino un verdadero reflejo del amor de Dios, que da sin esperar, ama sin exigir y sirve sin publicidad.

> *“Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.”*
> *— Mateo 6,6*

Guía para tu oración personal:

- ¿Qué motivaciones ocultas hay en mis actos de “bondad”?
- ¿Me afecta no ser reconocido o agradecido?
- ¿Estoy sirviendo a Dios o alimentando mi ego?

Pídele a Dios que te conceda un corazón puro, libre de vanidad y ansioso sólo por amar. Que puedas decir con San Pablo:

> *“Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.”*
> *— Gálatas 2,20*

“Haz el bien. Hazlo en silencio. Hazlo por Dios.”